



La
dama
del lago

JOANNA
FULFORD

El compromiso tenía una extraña cláusula... El tristemente célebre lord Ban lo había perdido todo en el conflicto de Northumbria y ahora el guerrero curtido en mil batallas concentraba sus pensamientos en engendrar un heredero. Pero solo una mujer muy desesperada podría vincular su destino al de un hombre semejante... Casi destruida por los maltratos de su primer esposo, la joven viuda pero siempre bella lady Isabelle se había quedado sin dote y sin esperanzas para el futuro. Expuesta a las sospechas de su esterilidad, se vio obligada a comprometerse en secreto con el poderoso lord Ban. Con una condición: que concibiera un hijo antes de que el voto matrimonial fuera hecho público...

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2013 Joanna Fulford. Todos los derechos reservados.

LA DAMA DEL LAGO, nº 540 - noviembre 2013

Título original: His Lady of Castlemora

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-3853-6

Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Prólogo

Isabelle encontró el camino entre los árboles y llegó por fin al muro de la punta más alejada del jardín. El lugar le regalaba una espléndida vista del bosque y de las colinas que rodeaban Castlemora, aunque en realidad no era eso lo que estaba viendo. Porque solamente podía pensar en la última conversación que había tenido con su suegra.

—Si hubierais cumplido con vuestro deber conyugal y engendrado un heredero, habríais podido conservar un lugar entre nosotros. Pero ahora que ha muerto mi hijo no existe necesidad alguna de que os quedéis aquí.

Isabelle se la había quedado mirando con estupefacta incredulidad. El fallecimiento de Alistair Neil en un accidente de caza ya le había producido una fuerte impresión, pero aquello lo superaba todo.

—Pero este es mi hogar...

Si había confiado en apelar a la compasión de lady Gruoch, no había podido estar más equivocada. Sus ojos azules se habían tornado fríos, inmisericorde la expresión de su rostro severo.

—Ya no. Para una esposa yerma solo se abre un futuro: tomar los hábitos y desaparecer del mundo de los hombres.

Isabelle la había escuchado con un nudo en el estómago.

—No es culpa mía que no haya podido concebir. Mi difunto marido compartía conmigo esa responsabilidad.

El ceño de Gruoch se había profundizado.

—¿Cómo os atrevéis a encubrir vuestros propios fracasos mancillando el nombre de un muerto? Mi hijo ansiaba un heredero. Tengo buenas razones para pensar que él nunca descuidó sus obligaciones para con vos.

Isabelle había cerrado los puños a los costados. De modo que los dos habían estado hablando de aquel asunto a sus espaldas... Podía imaginarse las repugnantes mentiras que le habría contado su difunto esposo para ocultar su propia ineptitud. La humillación batallaba con la furia en su interior.

—Y dado que él se mostró asiduo en sus intentos de cumplir con su obligación... —había continuado Gruoch— lo más razonable es suponer que vos no cumplisteis con la vuestra.

Isabelle se había tragado finalmente la acalorada réplica que había tenido en la punta de la lengua. Alistair estaba muerto. ¿Qué sentido tenía evocar los humillantes manoseos que habían mancillado su lecho conyugal durante la fase más temprana de su relación? ¿Unos manoseos que habían terminado desembocando en frustración y finalmente en violencia, cuando quiso hacerle pagar a ella su fracaso?

Gruoch había asentido con la cabeza al detectar su titubeo.

—Advierto que no lo negáis. Deberíais sentir os doblemente avergonzada. Estuvisteis casada un año. A estas alturas, cualquier esposa que se preciara habría tenido un niño en brazos y otro en su vientre.

—Yo anhelaba eso tanto como mi marido. ¿Cómo podéis dudar lo?

—Quizá lo anhelarais, pero eso no cambia el hecho de vuestro fracaso como mujer y como esposa. Volveréis con vuestro padre y que él disponga de vos como le plazca. Si tiene un mínimo de sentido, os ingresará en un convento lo antes posible.

Isabelle no había querido pensar en la reacción de su padre a aquel último giro de los acontecimientos. Aparte de la humillación que supondría, su regreso sería una carga que no acogería de buen grado. En cualquier caso, habría que afrontarlo. Consciente de que era inútil seguir discutiendo, había alzado la barbilla.

—En ese caso, os reclamo que me devolváis mi dote.

—No estáis en posición de reclamar nada. Es nuestra familia la que ha salido perjudicada. Nosotros hicimos un trato de buena fe y resultamos estafados.

—Eso no es justo.

—No me habléis vos de justicia.

Aquellas palabras le habían provocado la primera punzada de pánico.

—Quedaos con una parte si queréis, pero devolvedme el resto.

—Nos quedaremos con lo que es nuestro.

A Isabel se le había formado un nudo en la garganta. Sin una dote, y con la reputación de una mujer estéril, no tendría oportunidad de volver a casarse. Enferma de ira y de reprimida vergüenza, había realizado un último y desesperado intento:

—No es vuestro ese dinero para que os lo quedéis. Los Neil ya tienen riquezas suficientes: no necesitan más.

—No os corresponde a vos decirnos lo que necesitamos o

dejamos de necesitar —la voz de Gruoch se había tornado baja, amenazante—. Deberíais consideraros afortunada de poder marcharos dejando aquí vuestra dote. Hay gente aquí, en Dunkeld, partidaria de rematar de manera más limpia y rápida el engorro que vos representáis.

Isabelle había experimentado un súbito escalofrío. La primera vez que pisó el hogar de su esposo fue recibida con cortesía, que no con calor. Los miembros de su nueva familia no eran proclives a las expresiones de afecto. Sin embargo, conforme fue pasando el tiempo y ella fracasó en sus intentos de concebir un hijo, la actitud de aquellos se trocó en una burla y un desprecio apenas velados. Hasta aquel preciso momento, el pensamiento de que pudieran infligirle algún tipo de daño físico no se le había pasado por la cabeza.

—¿Se arriesgaría la casa de los Neil a atraerse la ira de Castlemora? —había espetado a su suegra—. Mi padre no dejaría sin vengar una afrenta semejante.

Los labios de Gruoch habían formado una fina línea.

—No tememos a Castlemora.

—Sería más prudente que así fuera.

Pese a lo desafiante de sus palabras, Isabelle había sido consciente de su futilidad. En aquella discusión, todo el peso se había hallado al otro lado de la balanza.

—Estaríamos encantados de poner a prueba esa afirmación vuestra —había replicado Gruoch con una burlona mueca—. Os marcharéis a primera hora de la mañana.

Y así lo había hecho, ante la despreciativa mirada de aquella familia. El recuerdo no podía ser más amargo. Todas las esperanzas e ilusiones que había albergado al comienzo de su matrimonio habían quedado reducidas a cenizas, su orgullo incluido. Aunque, al mismo tiempo, poco le había dolido abandonar un lugar donde había sido tan escasamente querida o valorada. Obstinada en no dejar que los Neil descubrieran una sola lágrima en su rostro, había afrontado la situación con valentía.

La misma valentía que tuvo que desplegar poco después, cuando se encontró en presencia de su padre. Archibald Graham tenía cincuenta años. Hombre fuerte y activo en sus años jóvenes, su salud se había venido resintiendo últimamente, hasta que el menor ejercicio lo cansaba y cualquier esfuerzo le provocaba un fuerte dolor en el pecho. Pese a ello, sus ojos grises seguían teniendo una mirada astuta y vivaz, mientras que su mente conservaba la agudeza de

costumbre. No se había molestado en disimular su furia y su decepción. Cuando se enteró de que los Neil se habían negado a devolverle la dote, esa furia se había multiplicado por cien.

—Esos ruines y pérfidos Neil no son más que unos ladrones.

El hermano de Isabelle había asentido con la cabeza. A sus dieciséis años, Hugh era ya todo un hombre y, en su calidad de único hijo varón superviviente de los Castlemora, detentaba la condición de heredero. Poseía también un fuerte sentido de responsabilidad para con su familia.

—Se trata de una afrenta contra toda nuestra familia, que deberá ser vengada. Dejadme encabezar una tropa contra Dunkeld. Yo quemaré ese nido de ratas.

—Esas ratas son numerosas y fuertes, muchacho. Esperaremos nuestra oportunidad.

—¿Queréis decir que nos tragaremos tamaño ultraje?

—Ese ultraje no quedará olvidado. Te lo prometo —Graham se había interrumpido por un momento—. La venganza es un plato que ha de servirse frío. Necesitarás recordarlo si piensas convertirte en *laird* algún día.

—Lo recordaré —Hugh había asentido solemnemente antes de volverse hacia su hermana—. Deberías alegrarte de haberte desembarazado de esa gentuza, Belle.

Eso era bien cierto, pero no cambiaba el hecho de que en ese momento no era más que una viuda sin dote. Aquella frase había parecido flotar en el ambiente, sin pronunciar, al igual que el asunto de su supuesta esterilidad. Su hermano le profesaba un gran cariño y jamás le habría lanzado semejante acusación a la cara, pero no por ello iba a desaparecer aquel baldón...

Perdida en tan sombrías reflexiones, no fue consciente de la figura que se había acercado a ella hasta que la oyó hablar.

—Bienvenida de nuevo, lady Isabelle.

Se volvió rápidamente al reconocer la voz.

—Murdo.

El maestro de armas se había detenido a un par de pasos de distancia. Lo miró inquieta, reprimiendo un escalofrío. Envuelto en un manto negro, llevaba el cráneo completamente afeitado. Una cicatriz le cruzaba el lado izquierdo de la cara desde el pómulo hasta la barbilla, parcialmente oculta por una barba bien recortada y oscura como la noche. Tan oscura como la depredadora mirada que le estaba lanzando, y que tanto le recordaba a un lobo: fuerte, esbelto y

peligroso. Un fuerte olor a sudor masculino acentuaba la impresión de aquel rostro lupino. Vio que desnudaba los dientes en una sonrisa.

—Pensé que podría encontraros aquí.

De repente, Isabelle fue consciente de que aquel jardín estaba bastante alejado de la casa, un recinto íntimo y privado. Un escalofrío la recorrió. Nada deseosa de que se diera cuenta de ello, permaneció absolutamente inmóvil y se obligó a sostenerle la mirada.

—¿Qué es lo que queréis?

—Hablar con vos, mi señora.

—Muy bien. ¿Y de qué queréis hablar?

—Del futuro.

El nudo de aprensión que le atenazaba el pecho se apretó un poco más.

—Vos diréis.

—Vuestro honorable padre es un hombre enfermo. No vivirá mucho tiempo. Eso es algo que debe de pesar en vuestro ánimo.

—Así es —repuso ella—, pero no habréis venido aquí a decirme eso.

—Cuando él muera, necesitaréis un fuerte protector, Isabelle.

Sabía lo que estaba a punto de proponerle y buscó desesperadamente alguna manera de evitarlo.

—Lo que me estáis pidiendo no es posible, Murdo.

—¿Por qué no? —la miraba fijamente—. ¿Quién mejor que yo? Es cierto que soy un segundón, pero provengo de buena familia. Si he llegado a donde estoy ahora es gracias a mis propios méritos y al buen servicio que he prestado a vuestro padre. Es merced a esos esfuerzos míos que Castlemora es un feudo poderoso y temido —se interrumpió—. Y vos tenéis por fuerza que saber algo de los sentimientos que os profeso.

—Lamento no poder corresponder a ellos.

—Ahora no, pero tal vez con el tiempo podáis hacerlo.

Isabelle sacudió la cabeza.

—Yo nunca sentiré nada por vos.

—Eso lo decís en este momento, pero yo soy un hombre paciente.

—El tiempo no cambiará esto. No alberguéis esperanza alguna al respecto.

—Si yo no me convierto en vuestro marido, ¿quién lo será entonces, Isabelle? Ya no sois el buen partido de antaño, sino una simple viuda caída en desgracia y devuelta a vuestro padre.

Isabelle levantó rápidamente la barbilla.

—Lo cual hace que me pregunte por qué deseáis hacerme vuestra.

—Hace mucho tiempo que lo deseo. Las actuales circunstancias no cambian nada, excepto que ahora podrán trabajar a mi favor, dado que ningún otro pretendiente llamará a vuestra puerta.

—No me creo que os mueva la piedad, Murdo.

—Lejos de ello —sonrió—. Da la casualidad que yo conozco la verdad.

Se lo quedó mirando fijamente.

—¿Qué queréis decir?

—Que Alistair Neil no se caracterizaba precisamente por su hombría.

—No tenéis derecho a decir tales cosas.

—Conmigo no tenéis necesidad de fingir, Isabelle. Eso es algo de público conocimiento entre las mujerzuelas de la comarca: vuestro difunto marido era un varón escasamente dotado, incapaz además de mantener enhiesta su verga. Que no hayáis concebido no es culpa vuestra.

Si hubiera partido de cualquier otro, aquella vindicación habría sido como un bálsamo para su alma. Le ardieron las mejillas.

Murdo se acercó un poco más.

—Yo puedo daros hijos.

Isabelle se tensó. El pensamiento de tener cualquier clase de intimidad con aquel hombre le repugnaba.

—Eso es imposible.

—Vamos, ¿acaso no preferiríais ser montada por un hombre hecho y derecho, para variar? —al ver su indignada expresión, rio por lo bajo—. Una sola noche en mi lecho y os olvidaréis para siempre de que alguna vez existió Alistair Neil.

—Nunca compartiré vuestro lecho.

Si su réplica logró desanimarlo, no lo pareció. Su expresión permaneció inalterable, a excepción de su mirada, que se volvió todavía más intensa.

—Cuando me planteo un objetivo, lo alcanzo siempre.

A pesar del calor de media tarde, Isabelle sintió que se le erizaba el vello de los brazos. No deseaba otra cosa que librarse de la presencia de aquel hombre.

—Lamentaré tener que decepcionaros de nuevo.

—Os equivocáis, Isabelle. Esta vez seréis mi esposa.

—No lo seré nunca —y dicho eso se volvió para marcharse, pero una fuerte mano sobre su brazo se lo impidió.

—Jamás acepto un no por respuesta —replicó él—. Ya deberíais saberlo a estas alturas.

Isabelle intentó liberarse, pero fue en vano.

—Soltadme, Murdo.

—Escapasteis de mí una vez, pero eso no volverá a suceder.

El tono era suave y tranquilo, al contrario que sus implicaciones. El corazón de Isabelle dio un desagradable vuelco, pero se obligó a sostenerle la mirada.

—Os olvidáis de quién sois. Puede que tengáis un cargo de confianza en esta casa, pero eso no os da derecho a aspirar a lo que aspiráis.

—Tal vez aún no —repuso él—, pero sabed esto: pretendo obtener muy pronto derecho sobre vos como marido vuestro.

Aquella tranquila afirmación acabó con el último resto de dominio de sí que conservaba Isabelle.

—¡Nunca!

Liberando su brazo de un tirón, giró sobre sus talones y desapareció corriendo entre los árboles. Murdo se la quedó mirando sin hacer intento alguno por detenerla.

—Ah, huis de mí, Isabelle —murmuró—. Pero no escaparéis.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

